

La Risa

30 Cènts



El juez ordenó el levantamiento del cadáver.

Edición Nacional de España



A LOS COLABORADORES ESPONTÁNEOS

LA RISA, que es un «hacha» en eso de interesarse por todos aquellos jóvenes que se sientan torturados por el doloroso afán de producción, acogerá maternalmente todos cuantos trabajos se le envíen, ora literarios, ora artísticos.

Y en especial, tendrá delicadezas de amante para aquellos de los trabajos que por su gracia y originalidad merezcan los honores de la publicación.

A los jóvenes Apeles se les advierte que los dibujos que envíen han de ajustarse a las dimensiones de 15×20 centímetros. Las leyendas han de venir precisamente al pie o al dorso del dibujo. Nunca en papeles por separado.

En cuanto a los literatos en agraz, sus trabajos no excederán de las dimensiones de una o dos columnas de nuestro semanario, en letra de una diafanidad meridiana y ajustándose a las severas prescripciones de la Gramática.

Debemos advertir que no mantenemos correspondencia acerca de los originales que se nos remitan, ni se devuelven los mismos, sean o no publicados.

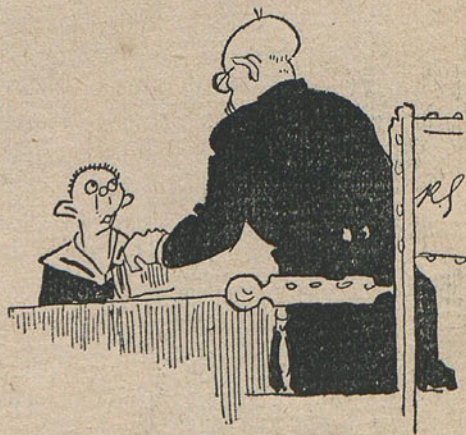
En nuestra *Sección de Correspondencia* daremos a los interesados noticia de la suerte que han de correr sus producciones.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



—¡Quietos!... ¡No moverse!

LECCIÓN DE HISTORIA



—¿Qué fué lo primero que hizo Carlo Magno al cumplir los treinta años?
—Pues... pues... Entrar en los treinta y uno.



La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

:: :: : MADRID : :: ::

DOCTOR FOURQUET, 4.—TEL. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

“LA RISA” SE PONE SERIA... (PERO ES SOLO POR UN MOMENTO)

Mieux est de rire que de larmes écrire
Pour ce que rire est le prope de l'homme
Vivez joyeux.
RABELAIS.

LA RISA, como el portugués autor de A RELIQUIA, cree que ese fenómeno reflejo que se llama «risa» va decayendo insensiblemente.

De aquella carcajada sana, amplia, sonora, abierta, de nuestros antepasados, apenas si queda un gesto ambiguo, una mueca semidolorosa, como la que provocaría en un enfermo del estómago el dulce cosquilleo de una pluma de ave en las axilas... La «carcajada» ha muerto, y en su lugar, la «sonrisa» pretende dar a nuestras expansiones de alegría un tinte de suprema distinción. Se diría que pretendemos ocultarnos los unos a los otros nuestros regocijos, con esa mueca funambulesca que apenas deja en descubierto la dentadura.

LA RISA, en su humildad encogida, hasta vosotros llega a ofreceros los frutos de su inocente ingenio.

Sin la ambición de un alto designio, si por un momento logra distraeros de las preocupaciones de vuestra vida cotidiana, si en sus páginas encontráis olvido a vuestros dolores, si logra desarrugar vuestro fruncido ceño y sustituir vuestra mueca al uso por otro gesto más abierto y confiado, habrá dado cima a su propósito.

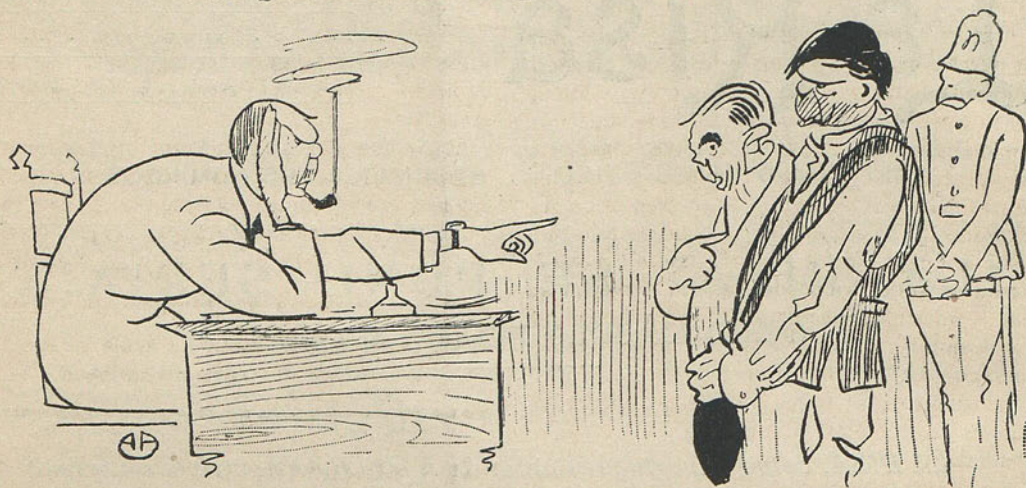
Acogedla cariñosamente, pues con cariño se os ofrece como un amigo bueno que pretende distraeros. Ella cree que aliviar las dolencias del espíritu es tan humanitario como aliviar las del cuerpo...

LA RISA confía en vosotros, enamorados no correspondidos, ambiciosos que no habéis encontrado vuestro «caminito de Damasco», hipocondríacos, inquilinos víctimas de vuestro casero, neurasténicos, enfermos del hígado... Para todos vosotros, que componéis el GRAN PUBLICO, y para nuestros queridos colegas, con los que vamos a tener el honor de compartir la penosa tarea de informaros, distraeros y corregiros, LA RISA envía un saludo de bienhallanza... Y un besito para los niños ..

Después, en una pirueta clownesca hace sonar los cascabeles de su tirso, y se aleja riendo por el foro...

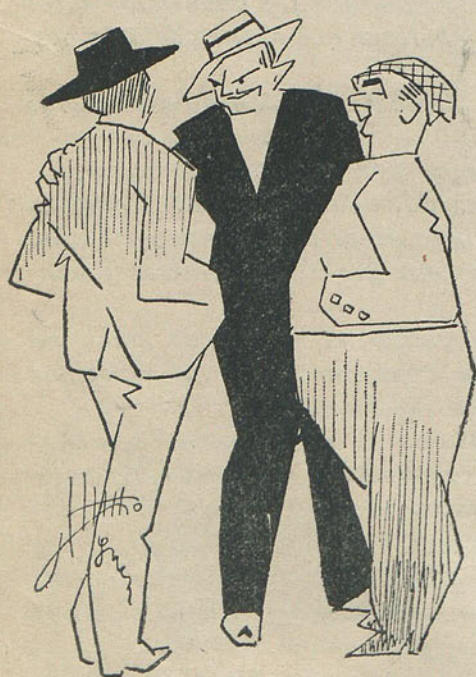
La Risa

LOS QUE SE RIEN DE LA CRISIS DE LA VIVIENDA



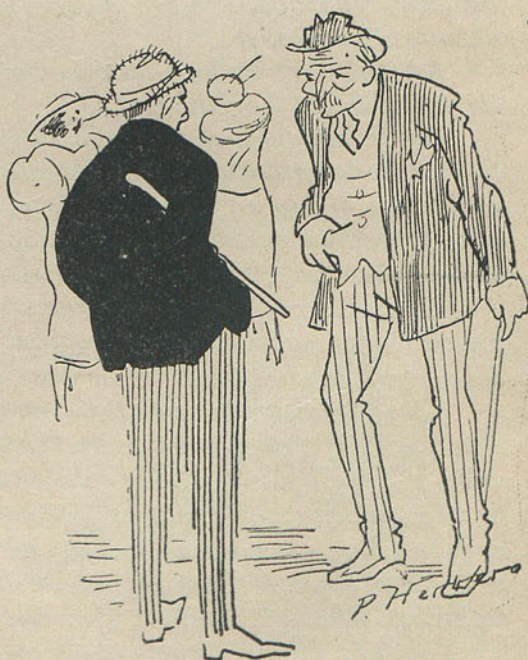
EL COMISARIO.—¿Dónde vive usted?
 EL VAGABUNDO.—En ninguna parte.
 EL COMISARIO.—¿Y usted?
 EL OTRO VAGABUNDO.—En el cuarto de al lado.

ENTRE ANDALUCES



—Los negocios de mi casa son tan importantes que sólo en tinta gastamos seis mil pesetas al año.
 —¡Ja!... ¡ja!... En la mía, no poniendo los puntos a las les ahorramos ocho mil.

GENIO Y FIGURA...



—Yo, mi joven amigo, he gastado con las mujeres más de un millón. No me queda más que un duro, y ¡tengo el presentimiento de que también es para ellas.

UN NUEVO TIMO

Llegó Canuto Espárrago a Madrid, y después de adecentarse un poco en la fonda del Sopapo, salió a la calle a ver la villa y corte. Con su cara de primo llamaba de tal modo la atención, que no había nadie que no le contemplase. El, sin darse cuenta, seguía su camino, y no se fijó en tres tipos que le seguían, y no eran otros que *Uñátiles, Misole y Zápole*, o sea los tres *randas* más peligrosos de Madrid. Estos, así que le vieron cerca del Banco de España, urdieron su plan, y adelantándose un poco, se quitaron las americanas y se entregaron a la tarea más extraña que puede imaginarse.

Lanzándose con todas sus fuerzas contra las paredes del edificio, daban tales empujones, que daba lástima verles.

Esto le ocurrió a Canuto, que al contemplarlos, después de estar unos momentos en silencio, no pudo contenerse y dijo:

—¿Qué hacen ustedes?

—¡El maldito oficio!

—¿Sí?

—Se trata de que nos han encargado de que empujemos al Banco hasta llevarlo a la Gran Vía.

—¿Y han avanzado mucho?

—Unos cinco metros.

—¡Caray!

—¡Si usted quisiera ayudarnos!...

—¡No faltaba más!... ¡Tengo yo unas fuerzas aonde *ostés me veis!*...

Y dicho y hecho: se quitó la americana, y dejándola en el suelo encima de las de los rateros, se puso con tal entusiasmo a empujar a la gigantesca mole, que a los pocos minutos sudaba el quilo. Tan ciego estaba, que no vio desaparecer a los timadores, que, llevándose su chaqueta, hacía un buen rato que habían huído.

Cuando quiso recordar, viéndose solo, no manifestó extrañeza. Miró a todas partes, y no viendo a nadie, se dijo:

—¡Hay que ver lo que he hecho correr al Banco! ¿Dónde habré dejado a esos?...

y viendo a un guardia, se dirigió a él, preguntándole:

—¿Puede usted decirme dónde estaba el Banco hace media hora?

—¿Cómo?

Lo digo porque, empujándole y empujándole, lo he traído hasta aquí, y no sé dónde han quedado mis compañeros de trabajo y dónde mi americana.

El guardia, que era el número 515, comprendió todo, y haciendo conocer a Canuto Espárrago su engaño, le hizo comprender que en vez de Espárrago era un alcornoque.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

Es preferible endosar un traje nuevo
a endosar una responsabilidad.

HAY QUE DISTINGUIR



El juez.—¿Confiesa usted haber roto el paraguas en la cabeza de su marido?

LA ACUSADA.—Sí; pero le juro que no tenía intención de romper el paraguas.

LOS HEREDEROS

Al morir el rico banquero Samuel dejó una gran fortuna, e instituyó herederos a sus tres mejores amigos. Sólo impuso una condición: que cada uno de sus legatarios depositara mil pesetas en el fétetro, por si le hacían falta para el viaje.

Llegó el momento de cerrar el ataúd, y el primero de los tres amigos se adelantó y depositó un billete de mil pesetas. El segundo hizo lo mismo. El tercero se adelantó, cogió los dos billetes de mil pesetas y depositó un papel diciendo: «Ahí te dejo, amigo Samuel, un cheque de tres mil pesetas, que puedes cobrar cuando quieras.»

CUESTIÓN DE APRECIACIONES



—Hace usted mal en quejarse..... Su marido está muy bien para su edad.
—Sí; pero no para la mía.

HISTORIAS DE CAFÉ

El año que ocurrió la catástrofe. — ¿La catástrofe de Riopalos? ¡Qué trágico descarrilamiento! Todavía me dan calofríos cuando pienso que, ocho días antes, pasé yo por allí a la misma hora que ocurrió la catástrofe.

Un año después. — ¡Cuéntemelo a mí! ¡Si yo me encontraba con unos amigos en un pueblecito de al lado! Diez minutos después de la catástrofe estábamos nosotros allí.

Tres años más tarde. — ¿Qué no fué tan grave? ¡Vamos, hombre! Yo estaba en el andén de la estación..., de modo que usted dirá si pude darme cuenta de la importancia del choque.

El día del quinto aniversario. — ¡El fa-

moso descarrilamiento de Riopalos! ¡Nueve vagones hechos astillas! Yo estaba en el vagón que hacía diez, de modo que usted verá si me acuerdo.

A los seis años. — ¿Si me acuerdo de aquella catástrofe? ¡Ya lo creo! ¡Con decirle a usted que un viajero que estaba sentado junto a mí perdió las dos piernas!...

A los diez años. — ¿El horroroso choque de Riopalos? ¡Si yo fui uno de los muertos!

En ciertos países de Oriente, los esposos no se han visto jamás hasta el día de su matrimonio. En Europa sucede con frecuencia lo contrario: es después de casados cuando dejan de verse.



PREGUNTAS INOCENTES

—¿En qué se parece un médico a un zapato?
—En que el médico *consuela* y sirve para algo, y los zapatos, *con suela*, también sirven bastante.



—¿Por qué es muy peligroso comer arroz?
—Porque se llena la boca de granos.



—¿Qué diferencia hay entre la serpiente y los gabanes de pieles?
—Que la serpiente cambia de piel, y el gabán cambia de animal.



—¿Por qué en el juego de billar las bolas no tocan en la orquesta?
—Porque tocan en las bandas.



—¿Cuál es el instrumento de cuerda más fácil de tocar?
—La campana.



—¿Qué reina católica no ha sido enterrada en tierra cristiana?
—La de Bélgica; porque todavía no ha muerto.



—¿En qué se parecen las castañas a un baúl?
—En que las castañas *las asas* a la lumbre, y el baúl, *las asas* a los costados.



—¿Quién desea más ardientemente ver andar a un semejante?
—El ciego.



—¿Cuáles son las personas que tienen más caracteres?
—Los impresores.



—¿Qué es lo que se alarga y acorta al mismo tiempo?
—La vida; porque a medida que se alarga se acorta.



—¿Qué es la noche?
—Una cosa que hace ver las estrellas.



—¿En qué se parece un sabio a un acróbata?
—En que el acróbata se sostiene, y el sabio sesos tiene.



—¿Cómo tú, un hombre tan elegante, con sombrero de copa? ¡Pero si ya no se usa!...

DESPUÉS DE LA AUSENCIA



—¡Cuánto deseaba, mujercita mía, tus ardientes besos!

Alrededor del "Gran Mundo"

(NOTAS DE UN «SOGUILLA» DE LA CORTE)

Una boda «bien»...

En la capilla reservada del matadero de cerdos de esta corte se verificó anteayer la boda de la bella y tartamuda Srta. Cirila Cabezón de la Recua, nieta del fundador de la Mondonguería Central, con el distinguido doctor, especialista en la caspa, D. Celedonio Pérez de la Escorzonera.

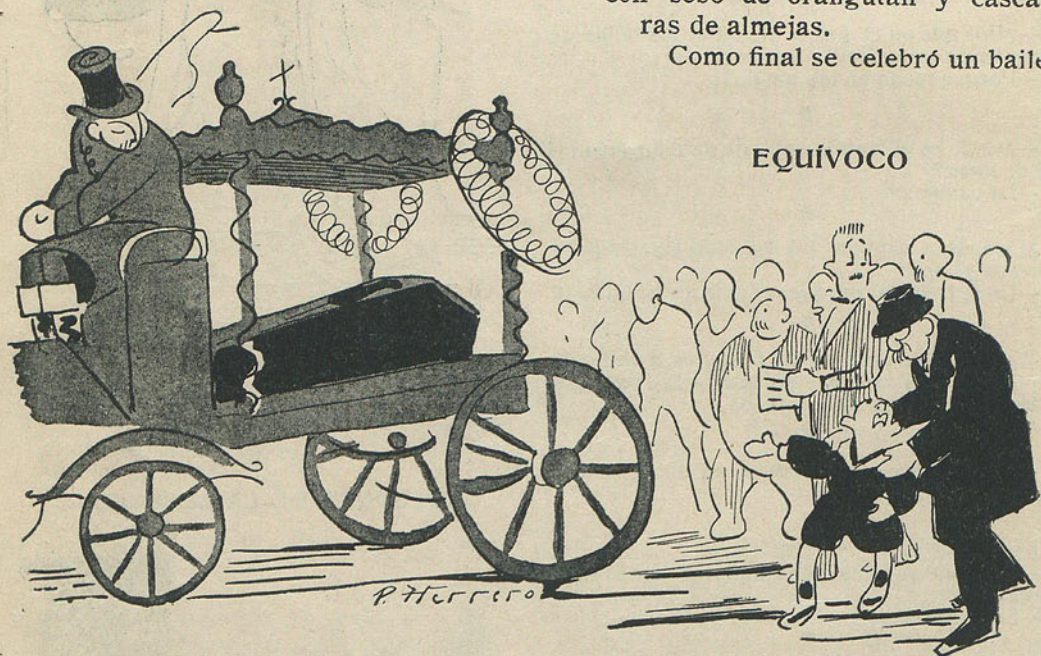
La novia, cuyas galas y aparejos real-

Bendijo la unión el guarda mayor del Congreso de los Diputados, y fueron testigos de la catástrofe el marqués de Pino Reseco, D. Francisco Cambó, D. Toribio, el estanquero de la calle del Salitre, y un primo de leche de Francos Rodríguez que es histérico *perdío* y le da por comerse todos los billetes capicúas del tranvía de las Ventas.

Terminada la ceremonia pasaron novios e invitados a la sacristía, en la que firmaron el acta y se jugó al *tennis* en burras de leche, y luego acudieron al Ritz, donde los caballeros fueron esquilados al cero con un serrucho por dos guardas jurados bizcos, y obsequiados con sebo de orangután y cáscaras de almejas.

Como final se celebró un baile

EQUÍVOCO



—¡Pobre niño! ¡Qué buen corazón y cuánta pena le ha causado la muerte de su tío!
EL NIÑO.—¡Os digo que no dejaré de llorar hasta que no me subáis al pescante!

zaban su artificial belleza, entró dando saltos mortales en el templo a los acordes de *El Alirón*, ejecutado por una murga, y detrás, el padrino, luciendo su brillante uniforme del cuerpo de bomberos de caballería, al cual pertenece. Les seguía el novio, que vestía pelliza gris y hopa galoneada, que llegó borracho como una uva y comiendo bellotas.

en la azotea de la torre de Santa Cruz, que resultó agradabilísimo.

Los novios, que han recibido infinidad de regalos y varios disgustos, salieron anoche en un vagón-cuba para La Muñoz y San Francisco de California, donde pasarán el invierno dando lecciones de aristón a domicilio y aprendiendo a castrar leopardos con dinamita.

Mil enhorabuenas a los nuevos cónyuges.

Convalecencia.

El ilustre senador del reino y notable fabricante de bragueros con freno contrapedal D. Bruno López Falsilla, hállase notablemente mejorado de la terrible afección cardíaca que padece por comer guindillas en calzoncillos.

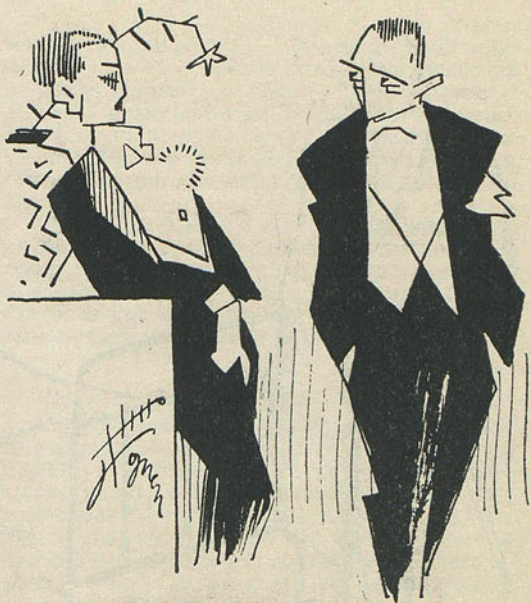
Desde el viernes, que se le inició la mejoría, está el enfermo más alegre que un guitarrero. Los médicos le han aconsejado que juegue mucho a la rana, que se coma media sera de judías verdes todas las tardes, y que por las mañanas, en ayunas, haga gárgaras con gasolina.

Celebramos infinito la mejoría de nuestro ilustre amigo, y le manifestamos, al mismo tiempo, que en la calle de Fernández de los Ríos venden unos téretros magníficos con galón niquelado y seis troneras, garantizados por cinco años.

BLAS-KITO.

La Risa

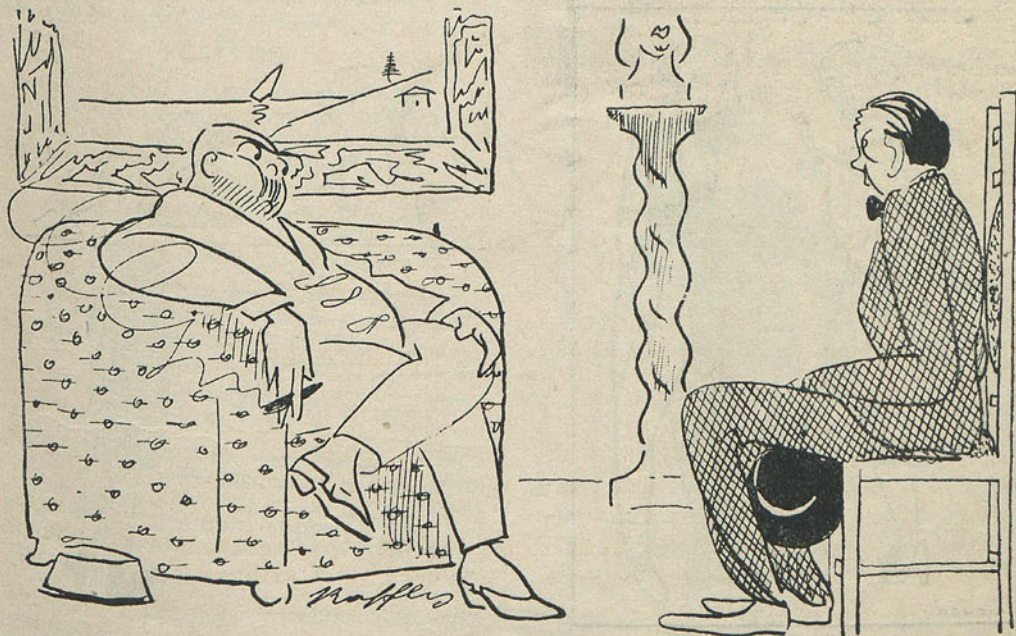
RANCIA NOBLEZA



—Los de Montezul se dan mucho postín; pero todo el mundo sabe que no estuvieron en las Cruzadas.

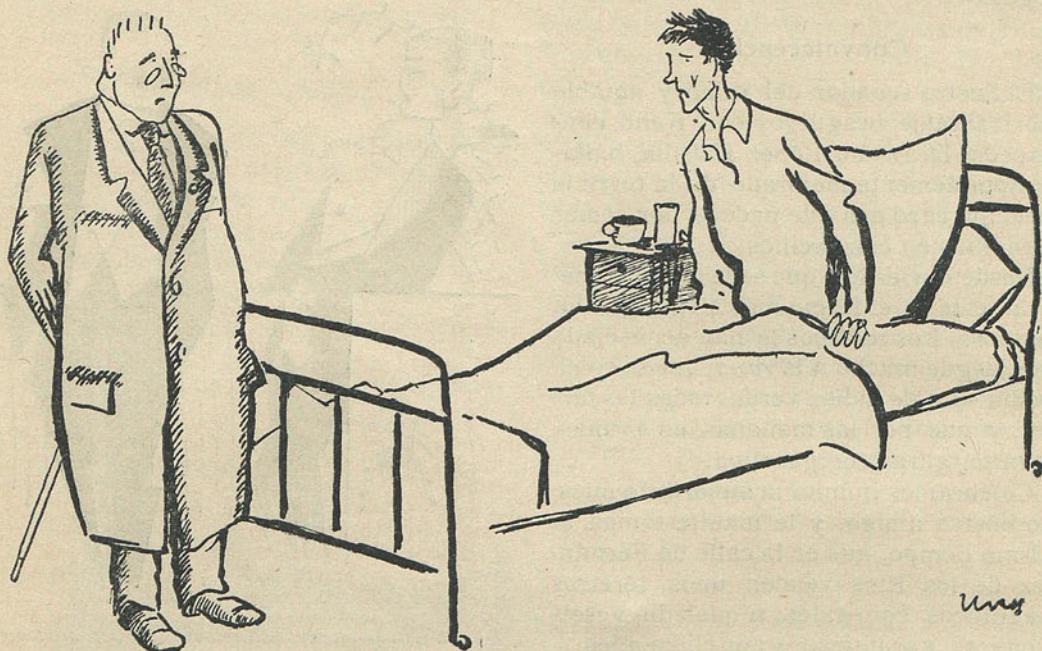
—En efecto: su ausencia fué muy notada entonces.

UN BUEN CONSEJO



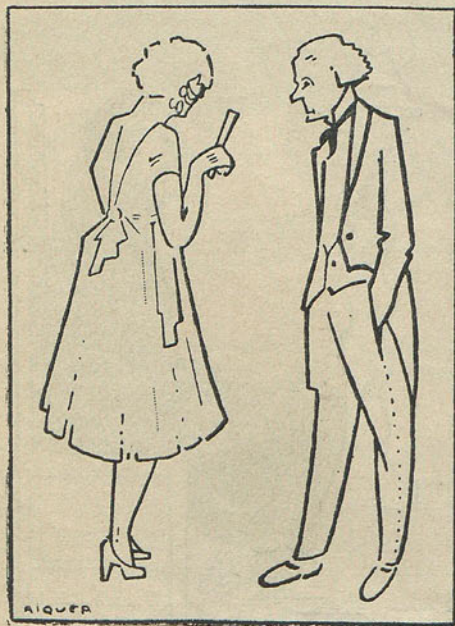
—Ahora que con su admirable cuadro ha obtenido la primera medalla, espero que elegirá usted una profesión seria.

CONSECUENCIA LÓGICA



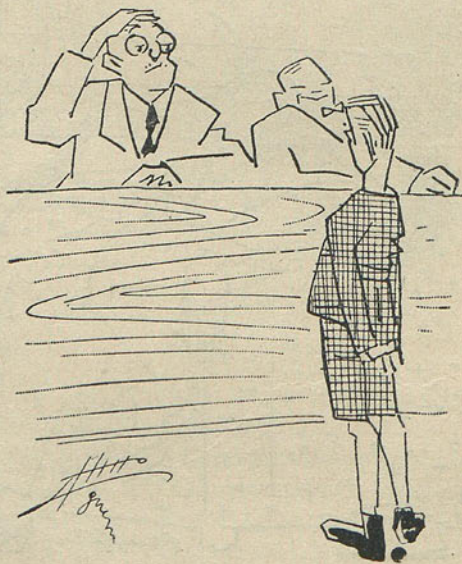
—Habí contra Baúles en una crónica, y de ahí fué la bronca que tuvimos.
—Entonces lo que usted padece es bronquitis crónica.

PESIMISMO



—En el drama que preparó, todos los personajes son honrados.
—Entonces la acción no se desarrolla en nuestros días.

EN EXÁMENES



EL PROFESOR.—¿Cuál es la más alta representación de la vida animal?

EL DISCÍPULO.—¡La tirafa!

LA PRIMA DE NICÉFORO

I

Cuando Nicéforo regresó a la vida consciente, después de un viaje de diez horas en *cama* por los nebulosos dominios de Morfeo, lo primero que hizo fué abrir un ojo; luego, el otro; después, la boca, en un bostezo que ríanse ustedes del de los leones del Congreso..., y, no quedándole nada más que abrir, se decidió por sacar un brazo, que volvió a sumergir en la tibieza del embozo apenas la epidermis trabó amistad con la temperatura de la alcoba.

Poco a poco sus ideas fueron esclareciéndose. Los últimos jirones de la bruma nocturna se rasgaron en su cerebro, se fundieron, y entonces pudo verificar cierta función psicológica que no es frecuente en los académicos de la Lengua: pensar.

Y, en virtud de este acontecimiento, Nicéforo recordó que la noche anterior se había rendido al sueño acariciando un bello proyecto que, de realizarse, le pondría pronto a cubierto de las miradas terroríficas y acusadoras de don Escanciano, el jefe del Negociado de oficiales quintos.

¿Hemos dicho que Nicéforo era calvo? ¿No? ¡Caracoles, qué memoria la nuestra! Pues sí: Nicéforo era calvo, escandalosamente calvo, calvo hasta el punto de que, viéndole desde la calle en el interior de un tranvía, hacía el efecto de que se había sentado cabeza abajo...

Siendo Nicéforo calvo, inútil será decir que no tenía un pelo de tonto; por eso, al ojear la noche anterior (ya ensabanado en el no muy pulcro lecho) *La Correspondencia de España*, no pudo menos de lanzar un gemido prologado al fijar su mirada en el siguiente anuncio:

¡¡CALVOS!!

¡La hora de vuestra liberación ha sonado! ¡Basta de servir de chacota a los peludos! Vuestra cabeza se verá más poblada que Galicia usando el incomparable

REGENERORUM CAPILARIUM

del doctor Rizoso-Moreno.

¡Cien mil pesetas! ¡Cien mil! se entregarán, pian pianito, a quien demuestre la ineficacia de esta maravillosa preparación.

¡No creáis que se pretende tomaros los bucles!

A continuación venían las señas del químico inventor y una larga serie de manifestaciones de reconocimiento de otros tantos pacientes que en la actualidad disfrutaban, según ellos, de una abundosa cabellera gracias al *Regenerorum* del doctor Rizoso.

Nicéforo meditó. El estaba al tanto de las engañosas que en esta clase de preparaciones suelen existir.

El no tenía ningún interés en parangonarse con Noel. Ser calvo le tenía tan sin cuidado como la resolución del expediente Picasso. Pero

poseer cien mil pesetas... Poseer cien mil pesetas era para él el *susum corda* de la dicha: era el poder realizar los bellos ensueños para el porvenir acariciados en noches de insomnio; era el dar un puntapié completamente *charlotesco* al antipático balduque, al «dioso papel de oficio», a las miradas tremebundas de don Escanciano...

Volvió a meditar... Casi casi valía la pena de gastarse unas pesetas, únicos ahorros de varios años de trabajo burocrático, en comprar algunos frascos de *Regenerorum*. El tenía la evidencia de que su cabeza continuaría en el mismo estado que antes de usar la loción capilar.

II

¿Para qué molestar al lector con la narración de las inquietudes que agitaron el espíritu de Nicéforo en el transcurso de los días siguientes a aquél en que decidió hacer opción a las cien mil pesetas ofrecidas? Baste decir que durante treinta días consecutivos usó pacientemente el *Regenerorum Capilarium*, sin notar la más ligera alteración en su cuero capilar. Al primer frasco sucedió otro, y a éste un tercero.

Al fin y al cabo, en el negocio Nicéforo no llevaba las de perder: o una cabellera berlinesca, o cien mil pesejetas... La cosa estaba clara.

La única quiebra que podía sobrevenirle era que le creciese el pelo, con lo que se encontraría sin opción a la prima ofrecida; pero, en cambio, podría lucir una esplendente cabellera.

Otra quiebra podía amargarle su ilusión, y

EN LA AGENCIA DE COLOCACIONES



—Eres muy pequeña para niñera.

—Mejor. Así, cuando *die* caer al niño no se hará tanto daño.

ésta era la de que el doctor Rizoso se negase a abonar la cantidad ofrecida. Pero se tranquilizó pensando que existen tribunales de justicia.

Al cuarto frasco sintió una ligera comezón en lo sumo del cráneo.

El quinto calmó esta comezón. El sexto pro-

puesto que yo soy el agraciado, aquí tiene usted el décimo y vengan las cien mil pesetas.

—¡Cómo! ¿Pretende usted llevarse el premio no siendo el agraciado? ¿Cree usted que le voy a tomar el décimo?

—Usted lo que me quiere tomar es el pelo, caballero, y conste que le va a costar bastante trabajo.

—Vamos, vamos, señor mío. No se exalte, y vamos a cuentas. Usted ha usado nueve frascos de mi *Regenerorum*, ¿no es eso?

—Exactamente.

—¿Quién me lo probará?

—Mi palabra.

—Usted comprenderá que su palabra, por muy honorable que sea, no puede servirme como garantía... Cien mil pesetas no se dan al primero que llega... Comprenda usted...

—Sí..., sí..., en efecto— contestó algo confuso Nicéforo.

—Bien. Veo que se ha emocionado usted, y, por mi parte, siento los ojos ligeramente humedecidos... ¡Pobre joven! ¡La juventud es así!... Pero, en fin; es preciso que usted no se deje dominar por el desaliento. Su pelo brotará, como brotó el de una tía mía que vive en Ceylán, que era tan calva como usted, y en la actualidad se peina por contrata... Usted ha gastado nueve frascos de mi *Regenerorum*, ¿no es cierto?

—¡Ay, sí! ¡Nueve!— suspiró Nicéforo, pensando en las cincuenta pesetas empleadas.

—Bien, bien; admirablemente bien. Usted ha gastado nueve frascos del rey de los específicos

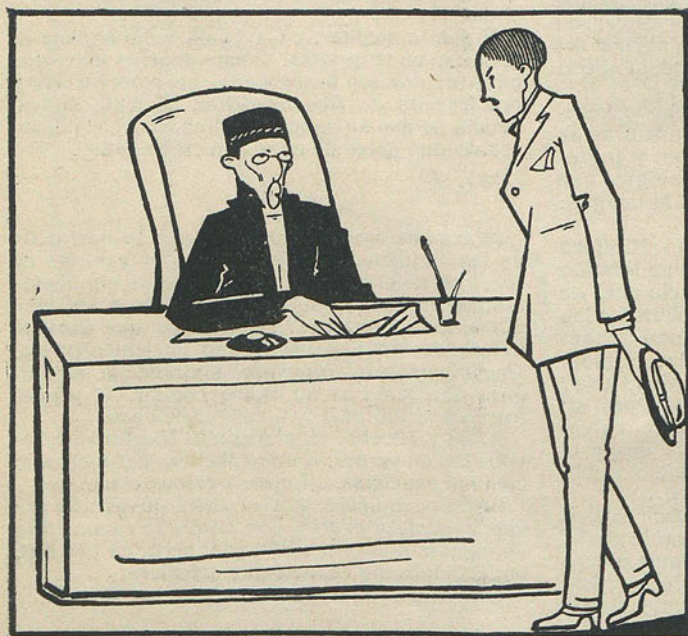
capilares, y no ha tenido la precaución de procurarse nueve certificados del farmacéutico que se los expendió, ni de levantar acta notarial, ante dos testigos, de los momentos en que empleó mi portentoso invento. ¡Mal, joven, mal! Pero, en fin, en el supuesto de que usted haya cumplido estrictamente las indicaciones contenidas en el folleto que envuelve cada frasco...

—Las seguí todas al pie de la letra.

—A veces, las mayores precauciones son insuficientes. Se precisa una gran práctica cuando se trata de una cabeza rebelde como la suya. El más mínimo descuido, el dejar más o menos espacio de tiempo entre loción y loción, son factores que pueden influir grandemente en el éxito o en el fracaso. Otro detalle importante: ¿Tuvo usted en cuenta la temperatura exterior cada vez que empleó usted mi específico? ¿Recuerda usted si tenía abierta a sus espaldas alguna puerta o ventana en el momento de la operación? Esto es esencialmente importante, a causa de que la evaporación del aire es mucho más rápida que la del éter.

Al escuchar estas explicaciones, Nicéforo se levantó, dibujando en sus labios una triste sonrisa...

SOLICITANDO UN EMPLEO



—Muy bien, sí, señor; a los veinte años ya era usted abogado; pero, ¿qué me prueba que sigue usted siéndolo?

vocó una verdadera erupción de granitos en toda la superficie de su calva, dándole el aspecto de un mapa orográfico en relieve de los Balcanes.

El séptimo, octavo y noveno hicieron desaparecer esta erupción.

El décimo le llevó envuelto en un papel Nicéforo cuando, un poco emocionado, llegó a la presencia del doctor Moreno.

—Caballero: su específico es absolutamente ineficaz. Vea usted mi cabeza, y en ella encontrará usted la prueba incontrovertible de mi afirmación.

—Me sorprende usted. Su Majestad la Reina de Holanda lo usó con éxito maravilloso. El cónsul de Austria en Cuenca obtuvo incomparables resultados... En fin: son tantos los agradecidos del específico, que resultaría enojoso enumerarlos.

—Eso a mí, *plim*— contestó Nicéforo, que preveía sus cien mil pesetas en el alero—, que preveía únicamente de mí y del resultado deplorable que he obtenido usando su específico. He comprado nueve frascos, más éste que le traigo aquí, que hace el número diez. Yo no he sido agraciado con las ventajas de su invento; y

—Está bien. Veo que tiene usted preparados sus razonamientos.

—No desmaye, amigo mío. Para evitarse trabajo, y hasta quizás un total fracaso en sus experiencias, convendría que se entregase en manos de mi ayudante, verdadero artista en la aplicación del *Regenerorum*, y como seguramente usted tendrá un gran empeño en poseer una cabellera arrebatadora, creo no le costará trabajo desprenderse de las diez pesetas que le costará a usted cada loción, admirablemente aplicada. Yo le prometo que, con el empleo de otros quince frascos, antes de tres meses puede usted peinarse a lo Merode. Y si, a pesar de esta promesa, sigue usted tan calvo como ahora, en mi caja, y completamente a su disposición, están las cien mil pesetas prometidas.

Ya en la escalera de casa del doctor, Nicéforo volvió a meditar. Le quedaban trescientas pesetas. Se trataba de una jugada como otra cualquiera, en la que su ambición y la mala fe del doctor iban a encontrarse frente a frente.

Se decidió por aceptar los servicios del ayudante del doctor Rizoso, por el empleo de otros quince frascos, y por encargar a un notario levantase acta de cada sesión de *Regenerorum Capilarium*.

III

A los tres meses, Nicéforo no era Nicéforo, es decir, no era el Nicéforo que hemos tenido el honor de presentar al lector de vuelta de su viaje a las regiones del sueño.

Pálido, desencajado, la mirada blanda, los miembros blandos, el sombrero blando... Durante tres meses vivió esclavo de las exigencias de aquel virtuoso de la loción.

Tan pronto le exigía permanecer encerrado en un cuarto completamente oscuro, como le obligaba a bañarse la cabeza con aceite de ricino. Otras veces le hacía correr por la casa envuelto en un peñador amarillo limón, con la cabeza descubierta, imitando a la Zuffoli en la «Canción de la pava», de *Arco Iris*; otras, le pinchaba el cuero cabelludo con alfileres de cabeza negra, para despejar, según él, los vasos capilares.

Pero en el corazón de Nicéforo latía una alegre esperanza.

Continuaba tan calvo como al comenzar el primer frasco; pero, en cambio, había perdido diez kilos.

Consideraba suyas las cien mil pesetas prometidas.

Era feliz.

Al terminar el décimoquinto frasco de *Regenerorum*, Nicéforo se presentó en casa del doctor, dispuesto a que se le hiciesen efectivas las cien mil pesetas de la prima.

Bajo el brazo llevaba las ciento cincuenta actas notariales, correspondientes a otras tantas aplicaciones del específico.

—Vengo a hacerle cumplir su promesa.

—¿Tiene usted la bondad de recordarme de qué se trata?

—De la prima de cien mil pesetas que usted me ofreció en el caso de que su específico capilar me diese un resultado negativo.

—¡Ah! Perfectamente—dijo el doctor, ilumi-

nando su boca con una casta sonrisa—. Diga usted, diga usted.

—Pues mire usted: empleé quince frascos más.

—¿Según mis prescripciones?

—Me he sometido al tratamiento impuesto por su ayudante.

—¡Admirable! ¿Habrá usted quedado contento de su actuación?...

—¡Señor mío!... Mi cabeza sigue siendo un queso de Holanda.

—¡Caramba! Creo que exagera usted. Me parece que ha hecho su vegetación capilar grandes progresos...

—Pitorreo, no, ¿eh?

—Ni mucho menos. Vamos a ver: ¿y esos pe-
lillos que veo cerca del cogote?

—Ya los tenía antes de usar su loción.

—¿Está usted seguro? Vamos a ver: ¿cuántos tenía usted?

Nicéforo sintió que la tierra faltaba bajo sus pies, y cayó desmayado en brazos del doctor Rizoso.

GONZALITO.

Según aseguran los periódicos, una mujer americana ha dado a luz siete niños y todos se encuentran admirablemente.

Los periódicos han olvidado decir que los niños nacieron con un año de intervalo el uno del otro.

INDICIOS FALSOS



EL POETA.—¿No sientes, Celinda, algo así como un pajarito que canta dentro de ti?

LA MUSA.—Perdóname, Agapito; son mis tripas que hacen ruido porque son las doce y tengo mucha hambre.

La Risa

UN BUEN CLIENTE

12

Un joven elegantemente vestido y de finos modales entra en una camisería y pregunta al dependiente que le recibe:

—¿Tienen ustedes camisas de seda?

—Sí, señor—contesta el dependiente—. Vea usted. Estas son las que están de moda este verano. Son de primera calidad.

—¿Cuánto valen?

—Treinta pesetas pieza.

—Póngame tres.

Mientras el dependiente preparaba el pedido, nuestro hombre preguntó:

—¿Y calcetines, tienen ustedes?

—Sí, señor. Aquí hay unos excelentes, de noventa pesetas la docena.

—Póngame una docena.

Le empaquetan también los calcetines, y al ir a retirarlos, dice:

—Mire usted: he pensado que no me convienen las camisas. Cámbiemelas por los calcetines.

—Como usted quiera, señor. Aquí están los calcetines.

El joven tomó el paquetito y se alejó, ante la mirada inquieta del dependiente.

—Usted dispense, caballero; pero se olvida de pagar.

—¿Pagar qué?

—Las noventa pesetas de los calcetines, porque no las ha pagado.

—Claro que no; como que se los he cambiado por las camisas.

—Sí; pero es que las camisas no las ha pagado tampoco.

—No faltaba más, ¿caso me las llevo?

El corazón es el guardia de seguridad del organismo. Su función consiste en asegurar la circulación.



El trabajo es el amigo del hombre; pero el hombre no es el amigo del trabajo.

VIDA OBRERA

Conseguido el descanso dominical y la jornada de ocho horas, se hace una activa propaganda para formar una Federación de Sociedades obreras, cuyo objeto será emprender una campaña hasta conseguir el descanso diario.

RAZÓN CONVINCENTE

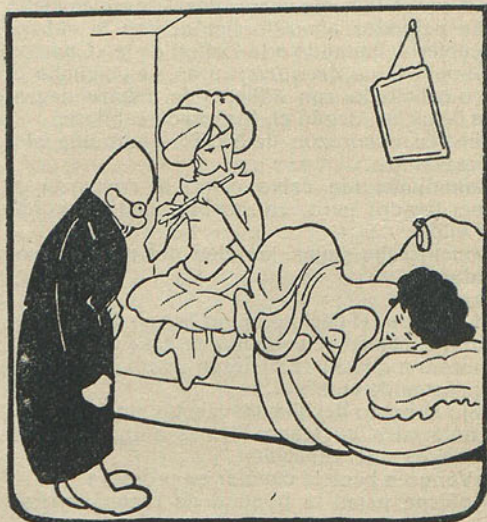


—¿Pero es verdad que has terminado con aquel novio sevillano?

—¿Con quién, con Amadeo? Sí, hija. ¡Me salió un falso!

—No es extraño; ¡Amadeo y sevillano!...

TRATAMIENTO DE LA SOLITARIA



Como doña Concha no quería purgarse, el médico, para hacerle echar la so'itaria, llamó a un encantador de serpientes.

AGAPITO LANGOSTINO

Estaba considerado como el tenorio de Vigo, pues hacía más estragos entre las mujeres que todas las plagas juntas. A tal extremo llegaba el poder de su seducción, que no hizo más que llegar a la ciudad y se le declaró hasta la *Escarlatina* (*Escarlatina* era el nombre de una cupletista que actuaba en el mejor teatro viguense).

Siendo el coco de los maridos y el encanto de las mujeres, era un verdadero azote, cuando llegó a la localidad D. Tancredo González, que lo conocía desde muy antiguo.

A los pocos días de su estancia en la ciudad se enteró de todo lo que se decía del irresistible Agapito, y se propuso acabar con aquella falsa leyenda.

—¡Pero, don Tancredo!...— le dijo en el Casino uno de sus interlocutores.

—Yo sé lo que digo—contestó éste.

—Mire usted que ese Agapito es un burlador terrible.

—Es un desgraciado, a quien yo conozco mucho.

—¿Sí?

—Se trata de un sinvergüenza a quien he visto viviendo siempre del dinero que sacaba a las mujeres.

—¡Qué cínico!

—Recuerdo que en Ciudad Real hizo el amor a una domadora de galgos, y la dejó sin un perro.

—¡Qué ansioso!

—Y en Madrid engañaba a una pantalonera de la calle del Soldado, que le daba todos los días veinticinco céntimos.

—¡Veinticinco céntimos!

—Y él, para darse tono, decía que estaba con una gran señora que lo tenía abonado al Real.

—¡...!

Las anécdotas relatadas por D. Tancredo, al hacerse del dominio público, llegaron a oídos de Langostino, que enrojeció ruboroso. Precisamente estaba haciendo el amor a una opulenta jamona, que al enterarse, como todo Vigo, de lo atribuido a Agapito, mostró a éste su repugnancia y su desdén.

Viéndose en ridículo y considerándose vencido el irresistible Langostino, quiso batirse con D. Tancredo, que, para gastar una broma, aceptó el lance. Previamente de acuerdo con los padrinos, hizo descargar las pistolas, y al disparar Agapito, se desplomó gritando:

—¡Muerto soy!

Todos aconsejaron a Agapito que escapase —¡al fin, eran casados!—, y Langostino obedeció, saliendo de Vigo sigilosamente...

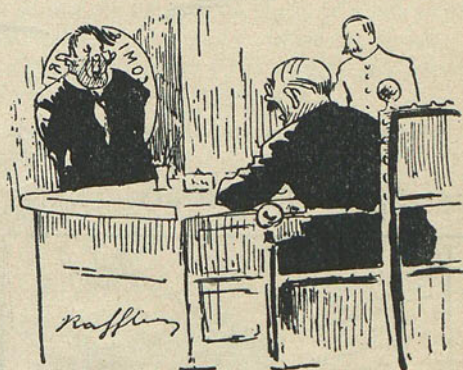
La huida del tenorio fué celebrada con un banquete, y cuando Agapito se enteró de que había sido víctima de una horrible burla, quiso volver a Vigo. Pero supo que D. Tancredo le amenazaba con batirse de verdad, y desistió de sus propósitos.

Pero, siempre embustero y fantástico, decía en Madrid a sus amigos del café de la Montaña:

—Una vez, en Vigo, cometí un asesinato por amor...

Y sus amigos lo escuchaban asustados y llenos de admiración.

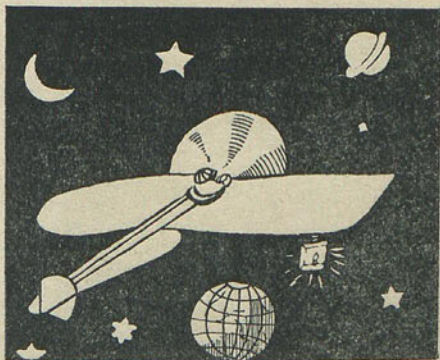
PACO MERLO.



EL JUEZ.—¿No tiene usted una idza que no se atreve a exponer?

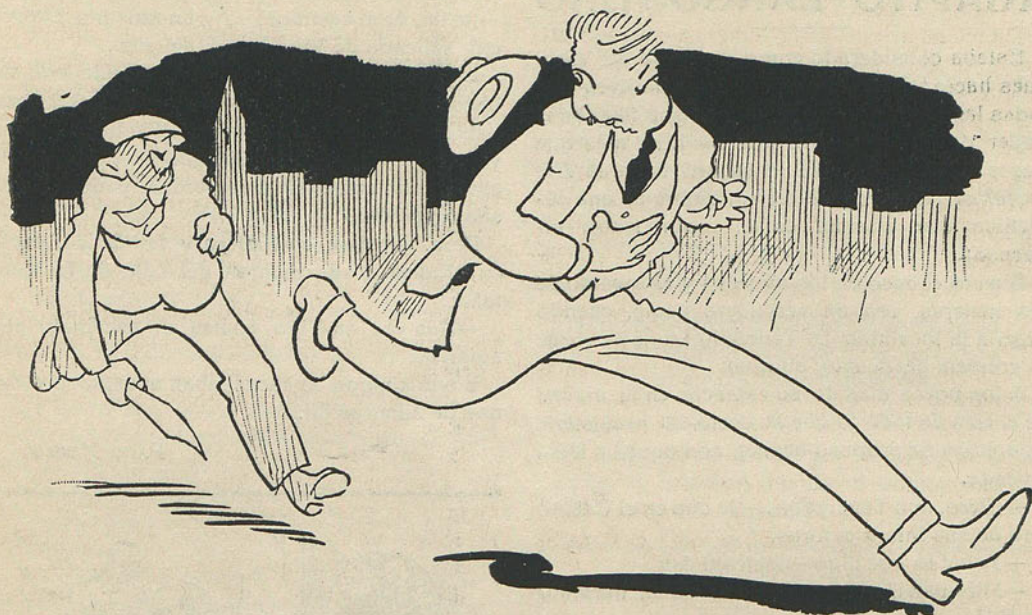
EL ACUSADO.—La misma que usted, señor juez: marcharme de aquí.

PRECAUCIÓN



—¡Vamos con cuidado! Llevemos siempre la izquierda para evitar accidentes.

HEROISMO



—Da gracias a que tengo las piernas ocupadas; si no, flojo puntapié ibas a ganarte... ¡ladrón.

CURIOSIDAD



LA INQUILINA. — ¿Tiene algo para mí?
EL PORTERO. — Sí, dos cartas; pero no dicen nada de particular.

RECETAS PRÁCTICAS

Para hacer bombones de chocolate.

Tómense cuatro onzas de chocolate y se disuelven en agua. Añádase 125 gramos de manteca y 125 de azúcar, más cuatro yemas de huevo bien batidas y una cucharada de harina.

Bátase bien todo ello y póngase al fuego. Como casi siempre se deja quemar, bastará con tirar la mezcla a la calle e ir a la confitería más próxima a comprar los bombones.

Para combatir la polilla.

1.º Hágase funcionar, noche y día, una pianola en el cuarto ropero. La polilla se parece a Napoleón en que detesta la música, y cuando oye las primeras notas se va a casa del vecino; y...

2.º Empapen sus vestidos en orín de canario o de gato. Este olor no lo puede soportar la polilla, y emigra.

Para conservar las suelas del calzado.

El medio de conservar las suelas del calzado consiste en no usarlo; pero como la solución es demasiado radical, puede optarse por no calzarse los días de lluvia, porque, como casi todas las suelas son de cartón, el agua las reblandece y estropea.

LOS DOS ASOCIADOS

¡SIN REMEDIO!

Un ingeniero pretendía haber descubierto una máquina que, aplicada a los saltos de agua, centuplicaba su fuerza, y buscó un asociado que aportara el dinero necesario para explotar el invento. Lo encontró, y el ingeniero aportó al negocio la inteligencia, y su socio, el capital.

Al cabo de un año se encontró el inventor con un amigo, y entre ambos se entabló el siguiente diálogo:

—¿Y tu invento? ¿Cómo van los negocios?

—Mi invento lo exploté cuanto pude, y en cuanto a los negocios, me he retirado de ellos.

—¿Cómo es eso? Si me dijeron que habías encontrado un socio con un gran capital...

—Sí, es cierto; pero ya nos hemos separado.

—Y tú, ¿aportaste mucho capital?

—No; yo aporté la inteligencia.

—Pues lo celebro. Y ahora, después de hacer fortuna, os habéis retirado y cada cual se ha llevado lo suyo...

—No; ahora mi socio se ha quedado con la inteligencia, y yo, con el capital.

Aquel peluquero obsequioso, parlanchín, terriblemente parlanchín, había abusado de mi paciencia. Salí dispuesto a cambiar de peluquería. Encontrar un peluquero que no hable, que me corte el pelo..., ¡y morir después! ¿Pero cómo?

De pronto, una idea surgió en mi cerebro, recordando un drama en el que el protagonista se finge sordo y mudo durante los cinco actos que tiene la obra. ¿Por qué no haría yo lo mismo cuando fuera a la peluquería?

Entré en un Continental y confeccioné un letrero que decía: *Soy sordo y mudo. Aféiteme y córteme el pelo.*

Con este cartelito me precipité a la primera peluquería que encontré.

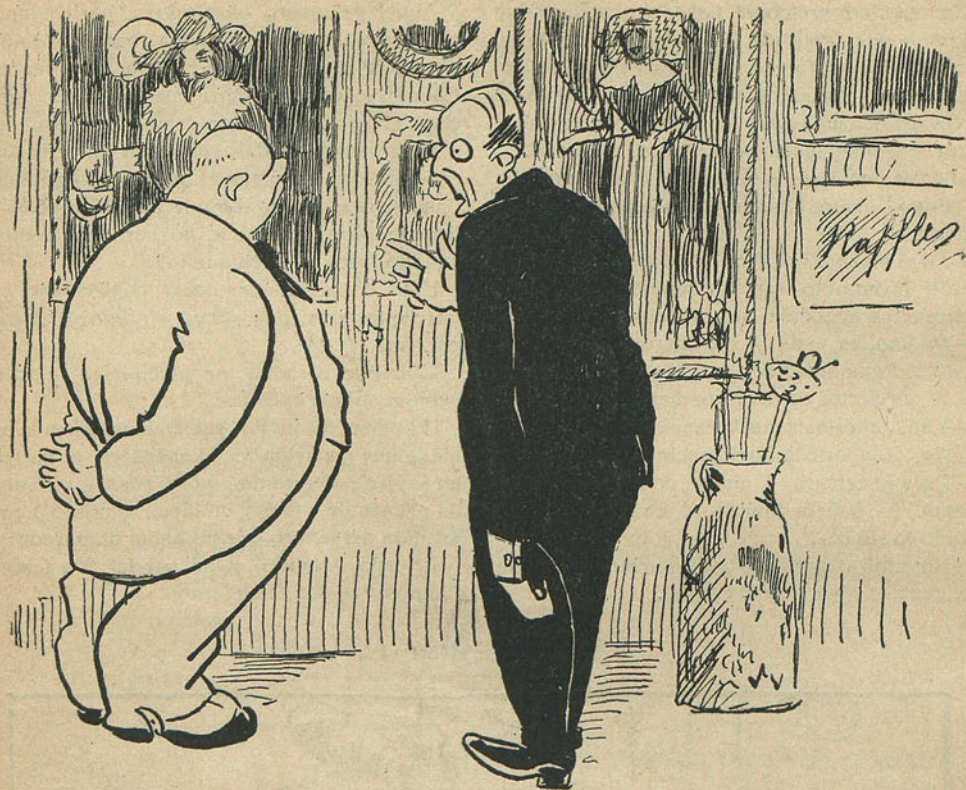
Un oficial me invitó, haciendo un ademán amable, a que me sentara. Al enseñarle el cartelito, un rayo de alegría iluminó su rostro, y tomando un pedazo de papel y un lápiz, escribió a continuación del letrero que yo había preparado:

«¡Sordo y mudo! ¡Qué suerte! ¡Yo también! ¡Vamos a poder entendernos!»

MITIN FEMINISTA



—¡Sí, compañeras! Los hombres nos han considerado hasta hoy como «pequeños» objetos de placer y de lujo... ¡Es necesario que esto termine!!



—¡Estos deben de ser los retratos de sus antepasados!

—No, no... Ya no tengo antepasados; todos han muerto.

LA PROTECCIÓN DE UN TRAJE

Esto es rigurosamente histórico. Acaeció a un amigo nuestro que, en plena bohemia, fué a visitar a un paisano, hombre poderoso y vano, que lo recibió fríamente y lo despidió cuando llegó la hora de la comida pretextando que tenía convidados a comer y no estaba bien que alternase con ellos quien, como su pobre amigo, no iba bien vestido.

Devoró éste la humillación, y sin preocuparse más, entregóse a sus trabajos, no tardando en ver coronados sus esfuerzos por un triunfo resonante.

Y su nombre, antes oscuro y desconocido, fué tan popular, que era cosa de oírlo pronunciar a todas horas y por todo el mundo.

Así las cosas, recibió un día una invitación para comer. Era de su paisano, que daba en honor suyo una comida y había convidado a lo más selecto de la sociedad de entonces.

Sin decir nada que revelara sus propósitos, dejó el agasajado que llegase el día del homenaje, como se verificó.

Y mientras todos lo aguardaban en casa del paisano, vióse éste sorprendido por un botones que llevaba un traje y una tarjeta.

Era el ilustre triunfador, que mandaba su traje al orgulloso paisano, diciéndole, al mismo tiempo, que como para el anfitrión lo primero era la indumentaria y no la persona, era mejor que nada que presidiera la comida la indicada ropa.

Así le dió una lección y al mismo tiempo se vengó de las ofensas pasadas.

JUAN VALJUÁN.

A todo se llega a fuerza de trabajo.
Escribiendo se llega a ser escritor, y
viviendo no cabe duda que se llega a
ser «vivo».



En nuestro ferviente anhelo de ser gratos al amado lector, y cediendo a una necesidad que se *dejaba sentir*, hemos decidido abrir una sección especial con el título que encabeza estas líneas, en la que el curioso lector ha de encontrar innumerable caudal de conocimientos utilísimos en la vida práctica, desde el formulismo protocolario en las peticiones de mano, visitas de pésame, despedidas de duelo, hasta el método más práctico y sencillo para coger grillos a corneta.

Nuestro *Consultorio* promete fórmulas, consejos, recetas, procedimientos, para cuya adquisición se ha montado un completo servicio de investigaciones, que esperamos ha de dejar complacidos a nuestros entrañables consultantes.

Cuantos lectores deseen adquirir conocimientos especiales sobre repostería, Historia Sagrada y de la otra, heráldica, medicaciones, talabartería, laringología, tología, *jometría*, *jografía*, abogacía, albeitería, anfibología, antropología, apoplejía, armonía, borceguinería, gaitería, lagotería, osteología, astrología, salchichería, paleografía, peluquería, planimetría, perfumería, poliarquía, topografía, tipografía, etc., etc. Cuantos deseen conocer fórmulas para extirpar granos, procedimientos infalibles para hacerse amar hasta de La Cierva en el plazo de veinticuatro horas, para descomponer los albuminoides, para no pagar el recibo de inquilinato, para pescar truchas con acordeón...

A cuantas preguntas se nos hagan por escrito contestaremos hondamente enternecidos, por absurdas y descabelladas que éstas sean, pues sólo vivimos para ser útiles a nuestros entrañables lectores.

Las preguntas, repetimos, se han de hacer por escrito, en letra bien legible, con las menores faltas de ortografía posibles, y poniendo solamente en el sobre: «La Risa. Semanario humorístico. Doctor Fourquet, 4. —Para *Consultorio enciclopédico*. Madrid.»

¿Está dicho todo? ¿Sí? Pues adelante los consultantes.

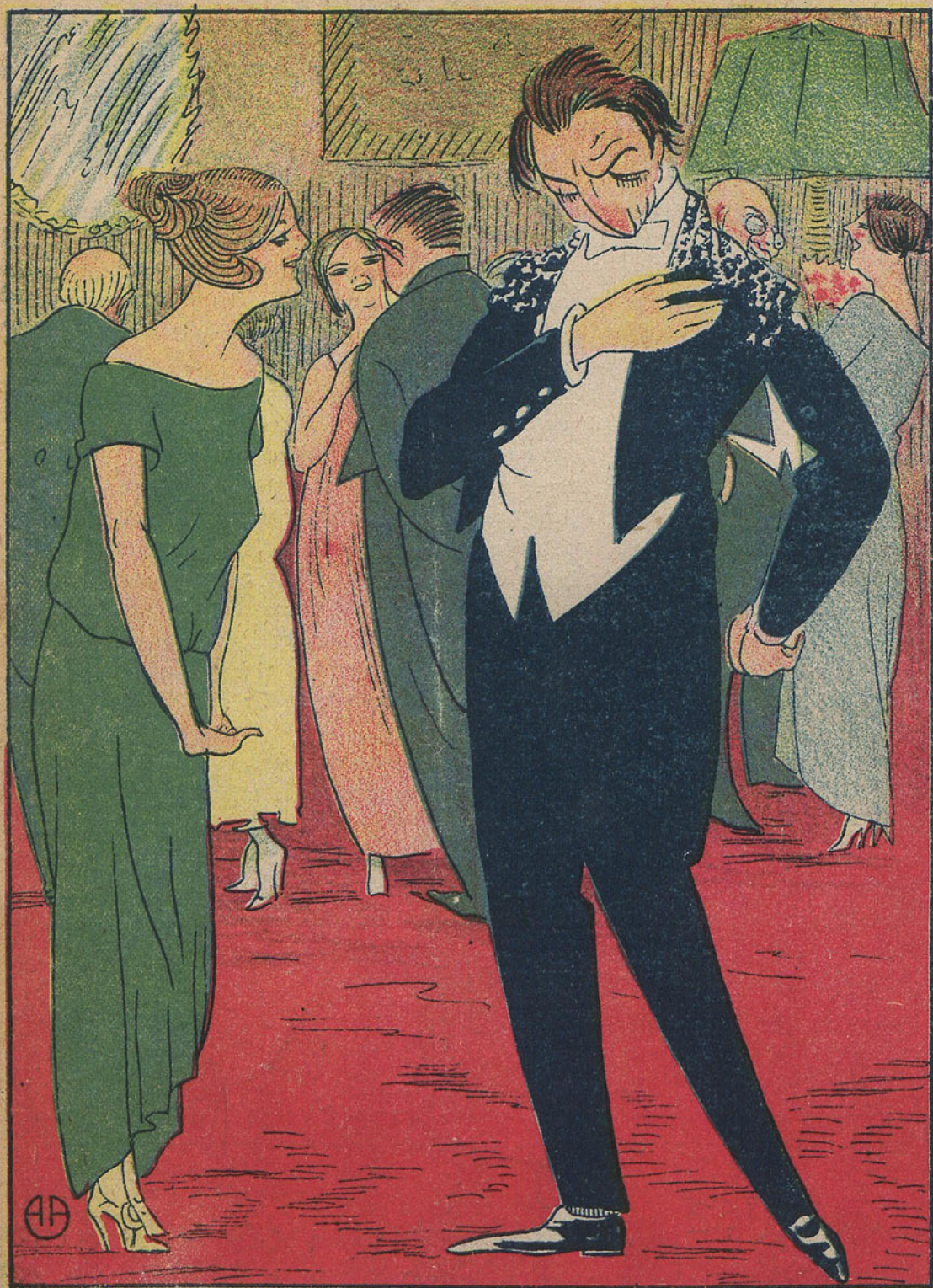


La Risa

REDACCION Y ADMINISTRACION:

:: DOCTOR FOURQUET, NÚM. 4 ::

HORAS: DE SEIS A OCHO DE LA TARDE



—¡Cómo le han puesto de «confetti», querido poeta!

—No, marquesa, no es «confetti», es caspa.